

MENSAJERO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA

Cédula AGN: MX05035AHUIL

Dirección General Educativa

Torreón, México. 30-VIII-2010

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página Web del C.I.H.: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>



Mensajero, “internet resources, publications, periodicals” de la UNESCO.

Ing. Héctor Acuña Nogueira, SJ. Rector de la UIA-Torreón.
C.P. Andrés Rosales Valdés.. Dirección General Educativa.
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinación del Centro de Investigaciones Históricas.

Número 141

ÍNDICE

página

Haciendas y fábricas laguneras en vísperas de la Revolución 2

El Mostrador. Fantasma de Madero 10

Enlaces a los Libros del C. I. H. 14

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com>

Comité editorial del “Mensajero”: Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Edgar Salinas Uribe. Lic. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Lic. Julio César Félix, Lic. Carlos Castañón Cuadros, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

HACIENDAS Y FÁBRICAS LAGUNERAS EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

Dr. Sergio Antonio Corona Páez¹

Hacienda de “La Concha” (Torreón Coahuila) en 1910.

Esta finca de campo, propiedad del señor Carlos González, era la más antigua de Torreón, pues ya para 1850, cuando comenzó a trabajarse la Presa del Carrizal, el Rancho de la Concepción se había formado, así como los de San Fernando, Avilés, y alguno que otro que soportaba las irrupciones de los indios bárbaros.

La Presa del Carrizal era la que mandó construir Leonardo Zuloaga en 1850, y de donde partía el tajo de la Concepción, que era el que llevaba sus aguas a la hacienda del mismo nombre. Este tajo quedaba en medio de los de Torreón y Coyote, tenía sus compuertas en la margen derecha del Nazas, muy cerca de donde se encontraba el puente de hierro del Ferrocarril Central Mexicano.

La Hacienda de La Concha tenía los siguientes ranchos: La Paz, San Agustín, Paso del Águila, Tajito, Cuba, El Perú, Santa Fe, Hormiguero, La Rinconada, La Candelaria, Las Arcinas, Santa María, Triguillo, La Palma, Trinidad, La Partida, Albia, San Rafael, San Miguel y La Concepción.

Esta finca era de las más productivas que había en el municipio de Torreón, y se producía en sus feraces terrenos algodón de primera calidad, a cuyo cultivo se dedicaban principalmente los trabajos. Estos se llevaban a la perfección, pues contaba la hacienda con modernos instrumentos de labranza, buena maquinaria y uno de los mejores despepitadores que había en La

¹ Maestro y doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana México. Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana Torreón; investigador y docente del mismo campus. Ensayista, Cronista Oficial de Torreón.

Comarca, y que juntamente con la casa de la hacienda estaba asegurado en una cantidad considerable.

Tenía la misma finca agrícola una muy buena instalación eléctrica, y estaba comunicada al escritorio que tenía establecido el señor coronel González en Torreón, por medio de una línea telefónica. En el casco de la hacienda vivían más de 800 personas que disfrutaban de un jornal desde 50 centavos hasta un peso.

Hemos dicho que la Hacienda de La Concha era productora de Algodón por excelencia, pero en sus terrenos se cosechaba con abundancia el maíz, el trigo, la caña de azúcar, el frijol, la vid que era de superior clase y exquisito gusto, y toda clase de cereales, pero que ocupaban en su producción un lugar accesorio, pues todos los trabajos tenían por objeto principal la siembra del algodón y a ella se dedicaba la mayor parte de los terrenos. Se tenía calculada en más de 40 mil quintales de algodón la cosecha anual de esta hacienda. La demanda que tenía el algodón en los mercados del país es bien conocida, llegando a escasear en algunos años de tal manera, y a tener, por lo mismo, un alza tan considerable que los dueños de las grandes fábricas de tejidos de algodón que había en el país, se veían precisados a importar de los Estados Unidos, esa materia de suma necesidad para sus industrias fabriles. El algodón que se producía en la Hacienda de la Concha, era solicitado de todas partes, y su propietario no podía atender a los pedidos, tanto como él lo deseaba, de suerte que todas sus cosechas tenían una venta segura, inmediata.

Dijimos que como accesorios se tenían otros productos de la mencionada Hacienda de la Concha. Los terrenos eran propios para toda clase de cultivos, pero no se hacían en grande escala. La producción de la vid hubiera sido asombrosa y por su calidad, habría sido de las mejores que se hubiesen cosechado en estas privilegiadas regiones de La Laguna; pero el resultado pecuniario no equivaldría al que se obtenía con el del algodón, seguro y mayor.

La Hacienda de la Concha tenía diez sitios de agricultura y 120 de agostadero. Los sueldos de los empleados eran, los ínfimos, de \$40 y aumentaban según la categoría, hasta \$200. El número de peones en trabajo

era de dos mil a dos mil quinientos diariamente. Solo en el casco de la hacienda se ocupaban 800 animales.²



Rancho algodonero “La Pinta”

La Hacienda del Pilar (Matamoros, Coahuila) en 1910.

Bajo la razón social de “Peña Hermanos” los señores Emilio, Pragedis y Mauro de la Peña, tenían formada una sociedad agrícola para explotar la rica y hermosa Hacienda del Pilar de la cual eran arrendatarios.

El Pilar pertenecía al municipio de Matamoros de la Laguna, siendo una de las principales fincas agrícolas con que contaba aquella municipalidad. No muchos años antes, las 3,600 hectáreas de terreno que contaba la hacienda, las ocupaban los espesos bosques de mezquites, que fueron desapareciendo para ceder su puesto a los sembrados de algodón que fructificaba y se desarrollaba con exuberancia en esas tierras de asombrosa feracidad.

El rancho que se estableció en los mencionados terrenos y que dio origen a la gran Hacienda del Pilar, perteneció antes del desmembramiento de las fincas agrícolas que cultivaban los señores G. González Treviño Hermanos, en La Laguna, a la Hacienda del Alamito. Por la excelencia de los terrenos del Pilar, este rancho mereció la atención de sus dueños, los citados señores J.

² Album de la Paz y el Trabajo, pp. 75-76.

González Treviño Hermanos, quienes abrieron grandes laboríos y lo dotaron de las obras de irrigación necesarias; aumentaron las casas para los sirvientes y las que necesitaba la finca, y la pusieron en condiciones tales, que fue uno de los ranchos mejores de sus extensas propiedades.

Por circunstancias que no vienen al caso mencionar, los bienes de los señores J. González Treviño Hermanos fueron concursados en 1885, y el Lic. Praxedis de la Peña intervino como delegado y fue nombrado Síndico del concurso. El señor Praxedis de la Peña tenía amplia experiencia como agricultor y como arrendatario de fincas agrícolas en Parras, así que procuró hacerse de una propiedad en La Laguna, y al terminar el concurso, compró el rancho del Pilar (1886).

Desde el año de 1886 hasta finales del siglo XIX, en que el rancho del Pilar se había convertido en una gran hacienda, los negocios agrícolas fueron en notable aumento. Los hijos mayores del Lic. de la Peña, Emilio, Praxedis y Mauro, bien educados en México y en el extranjero, ayudaron a su padre en todos los trabajos de la hacienda. Bien adiestrados en los trabajos agrícolas, decidieron tomar la finca en arrendamiento.

La Hacienda del Pilar comprendía: El Pilar, Compuertas del Refugio, Nuevo León, Fresno y anexas. Los principales anexos son: Luisianas, Bohemia, La Bandera, Santa Anita y Agua Verde. Por la hacienda pasaban las vías de los ferrocarriles Central (El Pilar, Bohemia) e Internacional.

La dotación de agua que tenía la hacienda era de cinco metros cúbicos. Tomaba el agua de la presa de Calabazas. En la Hacienda del Pilar, todas las obras de irrigación prestaban los superabundantes servicios a que estaban destinadas, y tenían buenos y elegantes mampuestos. El puente, y a la vez canal sobre el tajo del Cuije, importó más de veinte mil pesos. La luz de la bóveda era de quince metros, y tenía cincuenta metros de extensión.

Empleaba la hacienda más de mil trabajadores que con sus respectivas familias, hacían una población de más de cuatro mil habitantes. Los jornales eran variables, dependiendo de las labores a que se destinaba a los sirvientes. El de labor, era por lo general, de cincuenta centavos. En los tiempos de pizca, se pagaba por lo que recogían de algodón, habiendo peones que alcanzaban un diario de hasta dos pesos cincuenta centavos. Había magníficas tiendas muy bien surtidas donde se encontraban todos los artículos de primera

necesidad y otros, y todos se vendían a los mismos precios que alcanzaban en las plazas de Torreón y Gómez Palacio. Al establecer estas tiendas, no habían tenido por mira los arrendatarios especular con los efectos, sino favorecer a sus sirvientes, que tenían en la misma hacienda lo que necesitaban, sin tener que recurrir a las poblaciones citadas.

Para el despepite de las cosechas de algodón, contaba la Hacienda del Pilar con tres magníficas instalaciones, siendo la principal la que estaba en el casco de la hacienda. Las otras estaban, una en Nuevo León y otra en Bohemia. El despepitador del Pilar era, según la opinión de personas peritas, el mejor que había en la región algodonera de Coahuila y Durango, no teniendo rival su limpiadora. Sobre todo, fue hecha ex profeso para esta hacienda.

Se usaban para romper la tierra arados de disco para cultivos "Oliver". Y se tenían magníficas máquinas sembradoras, desvaradoras, juntadoras de vara, cortadoras de maíz, trituradoras de rastrojo, etc. El cultivo principal era el algodón, pero se daban con pasmosa exuberancia toda clase de cereales de calidad suprema.

Los miembros de Peña Hermanos, siguiendo la huella del propietario, procuraron engrandecer la hacienda con la construcción de un ferrocarril "Decauville", planta de luz eléctrica, y la comunicación telefónica establecida entre todas las haciendas y sus principales ranchos, así como con Torreón, Gómez Palacio y Lerdo.³

Fábrica "La Fe" (Torreón, Coahuila) en 1910.

Muchas eran las negociaciones, industrias y casas comerciales establecidas en Torreón, pero entre éstas, algunas sobresalieron por su rápido progreso y su gran florecimiento, como fue la importante fábrica de hilados y tejidos de algodón "La Fe" famosa en toda la República por la magnífica calidad de sus productos.

El edificio de esta valiosa fábrica era de ladrillo. Se levantaba esta construcción a pocos metros de la estación de los ferrocarriles, con los que

³ Album de la Paz y el Trabajo, pp. 83-85.

estaba unida por un ramal, propiedad de la fábrica, que empalmaba con los rieles del Internacional Mexicano.

Esta negociación fue fundada con un capital de \$600,000 y su progreso era incesante, hasta colocarse en uno de los primeros lugares entre todos los establecimientos de su género.

Dotada de magnífica maquinaria moderna traída expresamente de Alemania e Inglaterra, sus artículos alcanzaban una alta perfección. Poseía 250 telares atendidos todos por obreros hábiles e inteligentes, para lo cual no se ahorraba en manera alguna el dinero, pues la Compañía de La Fe pagaba muy buenos salarios a sus operarios y empleados. Tanto la fuerza motriz que ponía en actividad los diversos departamentos de la fábrica, como la extensa instalación de luz eléctrica, eran propiedad de la empresa.

Las telas que se fabricaban en esa casa eran muy variadas; mantas, driles, contonadas, telas de Vichy, Kaki, y otras muchas que sería prolijo enumerar; pero puede decirse, para dar una idea de la gran producción de la fábrica, que salían de sus telares anualmente 175,000 piezas de telas diversas.

La materia prima se consumía en enorme cantidad, calculándose aproximadamente de 12,000 quintales de algodón, el cual provenía de las Haciendas del Pilar, La Concha y otras de la región. Además de los amplios departamentos donde se encontraban los telares, había otros anexos igualmente extensos y bien atendidos, siendo los principales de ellos los de Maestranza, Tintorería y Carpintería.

Los obreros que trabajaban en La Fe gozaban de considerables ventajas. Adjunto al edificio se extendía un amplio terreno que medía cuatro hectáreas, y en él se construyeron numerosas casitas bien arregladas y acondicionadas que sirvieran de habitación aquéllos. Para atender a las urgentes necesidades de los trabajadores, los directores de la negociación implantaron reglamentos muy razonables y equitativos para la época. De hecho, La Fe tenía un edificio hospital donde iban los obreros enfermos o accidentados a ser atendidos, alimentados y curados, dándoseles la medicina pertinente, por cara que fuera, todo sin que les costara un solo centavo.

El Consejo de Administración de La Fe estaba formado por personas de reconocida honorabilidad, el Presidente era el señor Lic. Praxedis de la Peña,

Secretario el señor José Zurita, vocales propietarios los señores Mauro de la Peña, E. de la Peña y Antonio González, y vocales suplentes los señores Ing. J. Farjas, José Garzón y Manuel Guzmán. Comisario, el señor Carlos Herrera, y como suplente el señor Canuto Gamboa.

El personal de la Dirección estaba igualmente bien elegido, y las personas que lo formaban desempeñaban sus puestos con toda satisfacción. El gerente era Mauro de la Peña, que sin descanso se preocupaba por los intereses que le habían sido confiados.⁴

Grupo Santa Lucía – La Constancia.

Con el nombre de Santa Lucía poseía una finca de campo en San Pedro de las Colonias el señor Adolfo Aymes, finca que como todas las de ese lugar, era hermosa por su naturaleza, pues era notorio que las tierras de río abajo del Nazas eran exuberantes y fértiles, por lo que muchos de sus agricultores formaron verdaderas fortunas.

Antes de las presas de San Pedro, tomaba su regadío de la presa de Guadalupe y bañaba una extensión de un sitio y tercio, 1810 hectáreas. Su cultivo era de algodón, y todo el que producía esta finca era el que se empleaba en la fábrica de “La Constancia” propiedad también del señor Aymes, quien adquirió “Santa Lucía” en 1898 y desde cuya fecha le hizo constantemente notables mejoras, tanto en la casa habitación como en los terrenos y maquinaria, para explotarlos debidamente. Las compuertas que tenía la presa eran de sistema moderno, reconstruidas tiempo antes a gran costo.

El señor Aymes –como todo lo que estaba bajo su dominio y dirección– organizó en la mejor forma apetecible, los trabajos de explotación de la finca, dotándola del personal necesario, todo el grupo de operarios y braceros, que pasaban de cien, con un salario que fluctuaba entre 50 centavos y \$1.00, pagado siempre en efectivo, pues el señor Aymes condenaba severamente el sistema de vales –seguido por muchos propietarios de la República– con atroces consecuencias, al grado de provocar disgustos y hasta huelgas

⁴ Album de la Paz y el Trabajo, pp. 111-112.

muchas veces, porque suponían al final los obreros como reducido el producto de su trabajo, el cual recibían en mercancías y demás equivalencias.

En los años de buen riego, "Santa Lucía" alcanzaba a abastecer la demanda de la fábrica La Constancia, lo que da a entender la bondad de sus tierras que surtían pedidos de tal magnitud.⁵

"La Constancia" Fábrica de hilados y tejidos.

Esta fábrica de hilados y tejidos, que fue propiedad del señor Adolfo Aymes, se fundó en el año de 1889 por los señores Luis Veyán y Adolfo Aymes. Esta asociación duró ocho años hasta que, por arreglos de mutuo convenio, pasó la negociación a la exclusiva propiedad del señor Adolfo Aymes, quien, con toda la experiencia adquirida en el ramo, dio mayores impulsos a la fábrica, al grado de imprimirle una marcha de seguros y extraordinarios productos.

La fábrica se encontraba situada a un kilómetro de la ciudad de Torreón y su gran edificio tenía todas las comodidades y requisitos que para una industria así señalaban los preceptos de la época. El señor Adolfo Aymes no ahorró gastos de ninguna especie con tal de que los artículos que ahí se elaboraban fueran de la mejor calidad y hermosura.

La fábrica producía mantas finas y corrientes. El número de trabajadores que se empleaban en sus labores ascendía a 300 y pico, y para ellos fueron construidos alojamientos que aprovechaban libres de renta, cómodos y con servicio de agua.

Uno de los problemas que más preocupaba a los obreros era la educación de sus hijos, la que se hizo más fácil en virtud de los numerosos planteles de enseñanza pública y gratuita que tenían establecidos los gobiernos de los diferentes estados de la República Mexicana, en cuyo fomento se gastaron fuertes sumas que cada erario erogaba con todo gusto por la alta trascendencia que entrañaba para la civilización de los pueblos.

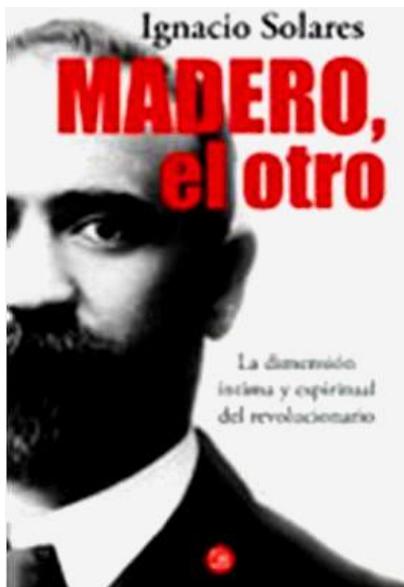
Los salarios variaban desde 50 centavos hasta \$3.00 pesos diarios los tejedores, según las piezas que elaboraran. Estos salarios eran pagados en efectivo.

⁵ Album de la Paz y el Trabajo, p. 124

Las horas de trabajo eran de 6 a.m. a las 7 p.m. con una hora para el desayuno y una para la comida. La Constancia se veía favorecida con un gran consumo de los artículos que elaboraba y su prestigio era inmejorable.

La fábrica contaba con un departamento escolar para la educación de los hijos de los obreros, con profesores y ayudantes, con la supervisión del Inspector de Instrucción Pública del Estado, para garantizar el nivel de los estudios. La dotación de libros, enseres y sueldos de maestros corrían por cuenta del señor Aymes. Todo servicio médico y medicinas para los obreros eran asimismo pagados por el dueño.⁶

EL MOSTRADOR



FANTASMA DE MADERO

JAIME MUÑOZ VARGAS

Conviene que leamos la “Nota” final antes de emprender esta breve caminata por *Madero, el otro*, novela de Ignacio Solares publicada en 1989. Entre otras precisiones, el narrador chihuahuense expresa allí que “El novelista comprueba

⁶ Album de la paz y el Trabajo, p. 124.

con un trabajo como éste que, en efecto, la realidad va por delante de la imaginación, que no la alcanza, que no hay manera de alcanzarla”. Es cierto: si uno lee los hechos históricos en bruto, los documentos que remiten a personajes y acciones, confirma que “la realidad va por delante de la imaginación”, que un proceso como el de la revolución mexicana esconde montones de evidencias sobre el carácter fabuloso de sus protagonistas y sus hechos. La novela es, por ello, en ciertos casos, una especie de proyecto que no requiere del aderezo imaginativo para crear la impresión de sobrenaturalidad. La pura realidad de Madero y su proyecto, su lucha como apóstol civil nimbado por un aura de profeta, su accidentado gobierno y su muerte como feroz pináculo de la Decena Trágica, hacen de *Madero, el otro* un acabado ejemplo de novela *real-maravillosa* pues en lo fundamental siempre se ciñe con detalle a los hechos fiscalizables por la historia, tanto como lo hace su lejana parienta titulada *El reino de este mundo*.

Si algo ha encontrado Solares para contar la tragedia de Madero es, creo, el tono. Gracias al juego que consiste en crear un fantasma de Madero al lado del Madero real recién acribillado, este relato sostiene una suerte de hechizo que nos atrapa en una especie de diálogo-monólogo: el alma de Madero pregunta incesantemente al cuerpo abatido de su par, el presidente depuesto por la traición de Huerta y asesinado el 22 de febrero de 1913. Las preguntas elaboradas por el alma de Madero son las preguntas del lector a un hombre, Madero, que acaba de recibir los disparos de Francisco Cárdenas afuera de la penitenciaría a donde Madero fue conducido junto a Pino Suárez. Debido a tales preguntas el relato avanza y nos envuelve en la compleja trama de pasiones e intereses que movieron al demócrata nacido en Parras.

Ignacio Solares es una de las cartas más pesadas de la literatura norteña; aunque radica desde hace muchos años en la capital del país, la cédula que ofrece Punto de lectura, la colección de Alfaguara donde han sido reeditadas muchas de sus obras, señala que nació en Ciudad Juárez, en 1945. Es autor de las novelas *Delirum Tremens*, *Madero, el otro* (traducidas al inglés), *La noche de Ángeles* (Premio Diana Novedades, 1989), *El gran elector*, también llevada al teatro y por la que obtuvo el premio a la mejor obra del año otorgado por las tres asociaciones teatrales de México. Entre sus novelas destacan *Nen, la inútil* (Premio Fuentes Mares 1996), *Anónimo* y *Casas de*

encantamiento (Premio Magda Donato, 1988). Actualmente es director de *La Revista de La Universidad Nacional Autónoma de México*. (Ignoro por qué no añada *Columbus* en esa producción narrativa, pues se trata de una de sus novelas más celebradas).

Vemos con esto que detrás de Solares hay una trayectoria sólida y al menos tres o cuatro novelas con intereses frontalmente histórico-políticos entre las que destaca, a mi tímido parecer, *Madero, el otro*. Compuesta en 64 trancos y la susodicha nota final, su mayor mérito está, como ya dije, en el tono, en su resonancia. Tal es, creo, uno de los valores sobresalientes de cualquier novela que aspire a quedarse en la memoria del lector: si carece de un tono envolvente, si no embruja con una cierta música, puede ser leída, pero al final pasará sin haber marcado una huella peculiar en el ánimo del receptor.

La novela de Solares nos hechiza porque en la lógica del espiritismo practicado por Madero justo es (en ningún otro caso lo sería tan justamente como aquí) que el relato sea narrado por un alter ego, un Otro, el fantasma del parrense brutalmente asesinado. Toda esta historia es, pues, en el fondo, un monólogo o, si se quiere, un diálogo frustrado: el fantasma habla, pregunta, inquiere al recién acribillado y en los grandes intersticios —si se puede decir así— de este monólogo-diálogo sin diálogo se cuele todo el contexto de una vida, la del Madero real que nació en Coahuila, que fue inquieto, rico, corto de cuerpo pero grande de ánimo, piadoso, tenaz, justo, ingenuo, inseguro para actuar con dureza y firme siempre, pese a las circunstancias, en la idea de construir un país mejor.

Gracias a Solares nos adentramos en el alma de un personaje canonizado por la historia y advertimos que sus defectos fueron grandes, sobre todo el de la indecisión y el de la inhabilidad para afilar el colmillo y detectar a los traidores. Nunca, sin embargo, esas limitaciones lograron ser más grandes que las virtudes de este personaje entrañable, acaso el héroe nacional más querible de cuantos alberga nuestro santoral laico.

Instalados desde el principio en el juego literario, el recién ejecutado yace y comienza así la revisión de su pasado. El fantasma que fiscaliza sabe que hay una catarata de preguntas por hacer y de vicisitudes por revisar. Nunca es ligero, no le da por su lado al presidente lleno de balazos. Lo cuestiona, le hunde el bisturí de la duda para sacar en claro si todo lo realizado

ha valido la pena y ha sido lo correcto, si no fue una gran equivocación de la historia que ese ser humano frágil como un pájaro cayera en una silla siempre merodeada por las peores hienas, por los más feroces chacales.

Gracias al recurso del narrador afantasmado *Madero, el otro* crea la ilusión de relato compacto porque la segunda persona nunca abandona el vocativo “hermano” (“Vamos, hermano, ha pasado un instante del disparo del .38 Smith & Wesson”). Cuando ese vocativo no aparece es sólo para no desembocar en la monotonía, pero uno lo presiente en cada rincón de la historia. El fantasma no habla a los lectores, sino al cuerpo exánime de un hombre que es víctima de una calamidad histórica cuyo desenlace no acabamos de ver claro todavía, dado que desde entonces no hemos tenido un presidente electo en condiciones plenamente democráticas. Al dibujar la figura de Madero, la novela lo que hace es delinear el tema/problema más importante de la historia política de México: el de la democracia. ¿Hasta dónde hemos sabido construirla? ¿La tenemos o sólo hemos vivido simulacros? ¿Es posible hablar de democracia en un país donde reina la desigualdad económica? ¿Somos capaces de organizar elecciones equitativas? ¿Cuántos gobiernos espurios hemos padecido desde de la felonía de Huerta?

Los balazos de Francisco Cárdenas a Madero, perpetrados al lado del sedán Protos donde cayó el presidente mártir, son en suma la metáfora de otras acciones parecidamente brutales infligidas contra otros tantos intentos por edificar un régimen democrático sin sombras de falsedad. *Madero, el otro* puede ser leída en suma como alegoría del asesinato recurrente contra la democracia mexicana.

Madero, el otro, Ignacio Solares, Punto de lectura, México, 2008, 232 pp.

LIBROS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

1.- [Una disputa vitivinícola en Parras \(1679\)](#). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

2.- [Censo y estadística de Parras \(1825\)](#). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

3.- [Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII](#) Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.

4.- [Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.](#) Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

5.- [Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango \(1761-1819\)](#). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

6.- [Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.](#) Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.

7.- [Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.](#) Sergio Antonio Corona Páez

8.- [La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenario.](#) Sergio Antonio Corona Páez.

En existencia sobre soporte de papel, sin enlace:

9.- [Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007.](#) Sergio Antonio Corona Páez (En existencia) \$ 102.00